

**“La Travesía de mi historia, o la travesura de ella”. Una etnografía Itinerante.**

Edgardo Licea Bello

(Estudios Socioculturales, UO).

**A mis padres, porque se los debo...y  
por supuesto a Dios****Resumen**

El presente texto es un relato autoetnográfico sobre mi experiencia migratoria luego que me enrolé en una larga travesía por Centroamérica con otros cubanos para poder llegar a mi destino final: Los Estados Unidos de América. Es una descripción sobre mi itinerario pero, a la vez, el de muchos cubanos que realizaron este largo viaje y cuya experiencia migratoria es digna de escribirla para que sirva de análisis sobre un fenómeno masivo de cubanos por territorios desconocidos y que hizo noticia cuando determinados grupos quedaron varados en Costa Rica, Panamá y México, al quedar cerrada la frontera de Nicaragua o la de Estados Unidos, cuando el presidente Obama puso fin al programa “Pie seco, pie mojado”. Aunque tengo formación académica en el campo de las ciencias sociales, el texto que presento es una narración de un actor social, que expresa sus vivencias, pericias y desconcierto desde una realidad que pasé para poder lograr mi propósito: emigrar a USA. En este texto soy un actor privilegiado para que los antropólogos beban de mi fuente.

**"The Journey of my story, the journey of it". An itinerant ethnography.****Abstract:**

This text is an autoethnographic account of my migration experience after I enrolled in a long journey through Central America with other Cubans to reach my final destination: The United States of America. It is a description of my itinerary but, at the same time, that of many Cubans who made this long journey and whose migratory experience is worth writing it to serve as an analysis of a massive phenomenon of Cubans in unknown territories and who made news when certain groups were stranded in Costa Rica, Panama and Mexico, when the border of Nicaragua or the United States was closed, when President Obama ended the program "Dry foot, wet foot". Although I have an academic background in the field of social sciences, the text that I present is a narrative of a social actor, which expresses his experiences, skills and discomfort from a reality that I passed in order to achieve my purpose: to emigrate to the USA. In this text I am a privileged actor for anthropologists to drink from my source.

**Palabras Claves: Estados Unidos, Quito, Reten, camuflaje, guardia, dólares.**

Supongo que esta es la etapa más difícil de todo. Estoy preso. Ya es mi tercera noche. Ya estuve a punto de llorar, no por mí, sino por mis padres, por mi esposa... Guau, es terrible pensar en la familia en un momento así. Ojalá esto se me pase pronto. Ojalá me pueda olvidar de todos. Hace veintiún días que salimos de Quito, el nueve de enero a las nueve de la noche, ocho cubanos con destino a Colombia, en un viaje incierto de seis horas...

### **El Inicio, Ecuador.**

El día anterior, nos reunimos los ocho en una casa de visita en la ciudad de Quito, unidos por un señor mexicano al que llamaré Diego. Este hombre propuso llevarnos hasta los Estados Unidos de América, por diferentes precios a cada uno, según el contacto que nos había conectado con él. Unos pagaban 5500 dólares y otros 6000 dólares.

Un auto negro estilo SUV nos recogió en mi casa a Lisbeth, Maikel y a mí. Eran cerca de las cinco de la tarde. Nos llevó para una casa de visita; allí nos encontraríamos con los demás. Recuerdo que unas horas antes aún nos encontrábamos en la trabajosa tarea de esconder los rollitos de dinero dentro de los tubos de desodorante y en los de pasta dental. Eran paquetes con tres billetes de cien dólares; primero: hacerlos un rollito bien compacto; después, introducirlo en un condón para luego amarrarlo muy fuerte y cortar el resto del preservativo. Sacamos un poco de pasta dental del tubo, y luego introdujimos tres rollitos por la boca de cada tubo.

Nos guiaron a una pequeña sala en la tercera planta. Allí conocimos a William, un joven noble, pero algo taciturno. Luego llegaron Rosario, Nailyn, Alexis y Andro. Esperamos hasta cerca de las ocho de la noche. Luego se apareció Diego y nos comenzó a explicar cómo sería el viaje: Él se quedaría en la Ciudad; nosotros haríamos la travesía solamente acompañados del guía de turno que él se encargaría de contactarnos. Debíamos darle un dinero allí y la otra parte, se haría después de arribar a ciertos países. Tuvimos que esperar un poco más, y entre las nueve y diez de la noche, se entabló una conversación telefónica entre el guía que nos esperaba en Colombia y Diego. El problema era que, según el guía, no se podía continuar allá en su país, porque había ocurrido un derrumbe en la vía, y teníamos que esperar un día más. Yo le pedí al guía que me dejara en mi casa y volvería solo al otro día. Todos los demás se quedaron en el lugar.

Al día siguiente salimos a las nueve de la noche, en dos autos ligeros. A mí me dijeron que me sentara delante, al lado del chofer; detrás irían Maikel, Lisbeth y William. En el otro carro se montaron Rosario, Nailyn, Alexis y Andro. En todo el viaje hasta la frontera pregunté por cada pueblo por el que pasaba. Ibarra, la ciudad blanca, la capital de la cultura. Otavalo, la ciudad donde los hombres usan trenzas y ponchos. Las carreteras de Ecuador están entre las mejores que he visto en todo el recorrido.

Nos encontramos con un retén, el chofer del auto en el que iba, llamó por teléfono al otro, para decirle que tuviera 30 dólares a mano por cada uno de sus pasajeros por si nos creaban un problema. Pasamos sin que se percataran de nuestra existencia y todo continuó normal.

A pocos kilómetros de llegar a la frontera, los dos autos apagaron las luces y se desviaron por un terraplén, subimos una loma y luego de unos veinte minutos volvimos a salir a la carretera.

Pocos minutos después estábamos entrando en Colombia. Nos detuvimos en una terminal de buses, en Ipiales. Al bajarnos, el chofer del segundo auto les pidió 30.00 dólares a cada uno de sus pasajeros, y ellos se los dieron. Sin percatarse que eso había sido un robo.

### **Colombia: vía al atraco.**

Allí nos esperaba el primer guía de Colombia. Un joven que trabajaba como chofer de un bus de unas 18 plazas; en el que fuimos con destino a Cali. Y en el que, luego, todo se complicó. Eran cerca de las dos de la mañana cuando salimos de aquella terminal, en aquel bus lleno de personas, y nosotros tratando de no hablar para no ser reconocidos. Dos horas más tarde nos detendría, por primera vez, un retén. Estos guardias uniformados con ropa de camuflaje y fusiles, alumbraban con sus linternas para dentro del bus; luego uno de ellos se subió y comenzó a pedir identificación. Como nosotros no teníamos, nos mandó a bajar a todos. Entonces uno de ellos me llamó aparte, y me preguntó si nos habían detenido anteriormente. Yo le dije que sí, que en dos puntos de control anteriores nos habían detenido, y que nos habían quitado todo el dinero. Luego llamó al chofer y le preguntó lo mismo, y gracias a Dios coincidió conmigo. El guardia me dijo que teníamos que darles 100 dólares por cada uno de nosotros para que ellos nos dejaran seguir, que fuera a decírselo a los demás. Al final, Lisbeth y Maikel fueron a hablar con ellos, y después de varios intentos acordamos darles cincuenta dólares cada uno, además de jurarles que no teníamos más... Pasaron unas tres horas sin contratiempos, y ya nos creíamos con toda la suerte del mundo, hasta que nos volvieron a parar. Estos también tenían ropas de camuflaje y fusiles. Detuvieron el bus y mandaron a bajar a todos los hombres. Nos hicieron parar frente a uno de los lados del bus, con las manos arriba apoyadas de la pared y las piernas abiertas, estábamos uno al lado del otro, y nos revisaron, luego mandaron a subir a todos los hombres menos a nosotros los cubanos. Nos ordenaron bajar los equipajes y los revisaron con mucho detenimiento. Cada guardia se fue aparte con cada uno de nosotros y comenzaron a registrarnos más a fondo. El que me llamó a mí para revisarme, comenzó su búsqueda en la parte del cinto, en los fajos del pantalón y del pullover que traía, luego me dijo que me quitara los zapatos, y también las medias. Ahí fue cuando me asusté mucho, porque dentro de la media, en el empeine de ambos pies, traía dinero, también había dinero debajo de la plantilla de cada zapato. Me quité los dos zapatos, pidiéndole a Dios que no mirara debajo de las plantillas, ni que me mandara a quitar las medias, pero el hombre insistió que me quitara las medias. Tuve que hacerlo, y para ello sujeté el dinero por encima de las medias y me las quité, dejándolo adentro, y volviendo a pedir, porque no las tocara. Pero el señor lo primero que hizo cuando me quité los zapatos fue doblarlos y levantarles la plantilla a cada uno, y sucedió lo increíble... el guardia levantó las plantillas de ambos zapatos miró el dinero y no lo vio. Y además de todo, nunca toco las medias y, le di miles de gracias a Dios por aquello.

Después de todas las pesquisas nos pidieron 50 dólares por cada uno para dejarnos continuar, y se los dimos. Más tarde me enteré que, aparte de los cincuenta dólares que les habíamos dado, les habían quitado 150.00 dólares a Maikel; 200.00 dólares a William y 50,000.00 pesos colombianos a Alexis. A partir de ese momento todo comenzó a ir mal.

El próximo retén nos encontró poco después. Esta vez los buitres nos pedían 200.00 dólares por cada uno, y me alteré y comencé a hablar muy alto, casi gritando de forma sarcástica y un tanto

ofensiva. Lisbeth también se alteró, y ellos se pusieron algo nerviosos, y nos decían que no gritáramos. El grupo estaba un tanto dividido: unos que no querían dar nada y otros que sí debíamos darles algo. Al final, cada cual dio casi lo que creía: nada o hasta 100 dólares. Yo di 30.00. A Naylín le quitaron 20,000.00 pesos colombianos.

El cuarto retén fue la gota que colmó la copa. Sucedió muy poco después. Nos estaban esperando debajo de un puente, y en cuanto los vimos, pensé: “The zombies are coming”. Wau... Cuando se abrió la puerta del bus, los pasajeros colombianos comenzaron a discutir con el guardia. El chofer se bajó alterado y se puso a discutir con los otros militares. Nosotros también nos bajamos detrás del chofer con el mismo ímpetu. “Cinco veces han detenido este bus” – Decían los pasajeros y el chofer (nuestro guía) – “Tal parece que lo tienen fichado”. Uno de los guardias tenía el número de la chapa escrito con tinta de lapicero en la mano; el chofer se percató de aquello y se lo dijo, e inmediatamente el militar cerró su puño y esbozó un rictus sin poder esconder la sonrisa ‘me han descubierto.’ Los demás guardias comenzaron a discutir con nosotros y aquél de la mano marcada aprovechó para alejarse y comenzar a borrarse el número. Los militares le dijeron al chofer que si él sabía que nosotros veníamos en su bus, entonces él iba preso, y el muchacho se apresuró a montarse en su transporte y dejarnos tirados allí, con aquellos guardias, en el medio de la nada. Los guardias se mandaban avisos de retén en retén para que detuvieran al bus en cuanto lo vieran y así pudieran llevarse su parte de dinero. Estando allí en la discusión llegaron dos, en una moto, que venían siguiendo al bus. El colmo es que aquél retén era improvisado, pues solamente tenía cuatro guardias, y los puntos de control tienen de ocho a diez guardias. Yo lo sabía porque ya lo había buscado por Internet.

Los militares dijeron que ya habían llamado a migración para que vinieran a recogernos, y que ya no era posible un trato. Siempre pensé que todo aquello era un teatro bien montado, pero al parecer, era el único que lo creía. Nos tuvieron allí, debajo de aquel puente, como una hora. Todos los demás tratando de negociar. A lo único que atiné fue a sentarme a la orilla de la carretera a esperar. Al final todo sucedió como me esperaba: ellos aceptaron 50.00 dólares por cada uno de nosotros; 400.00 más que tuvimos que dejar para poder seguir.

A veinte kilómetros de Cali, en un lugar desconocido y desolado, nos encontrábamos ocho cubanos temerosos de la suerte y de las historias de aquél violento lugar, sin saber qué hacer ni para dónde seguir. Caminamos unos doscientos metros hacia una dirección, luego esa misma cantidad hacia atrás. Sabíamos que el bus estaba marcado ya por la policía, también dudábamos de la integridad del otro chofer. Después de un rato paramos un bus parecido al anterior, y aunque pasamos dos retenes, nunca más nos detuvieron aquel día. Estando en el bus llamamos a Diego para informarle de la situación en la que nos encontrábamos y pedirle orientación. Llegamos a Cali a las tres y pico de la tarde, con mucho temor de que nos denunciaran los demás pasajeros. Nos bajamos corriendo y antes de tiempo. Ya en la calle volvimos a llamar al mejicano y nos dio otro contacto y una dirección. Debíamos tomar dos taxis hasta un hotel específico y decirle a la recepcionista que veníamos de parte de Diego, y eso hicimos. Aprovechamos para darnos un baño y cuando apareció el nuevo contacto, mandó a alguien a buscarnos comida china. Cali me recordó a Santiago de Cuba, y sus habitantes, a los cubanos. A las dos de la mañana salimos desde el mismo hotel en una furgoneta blanca de ocho asientos con destino a Medellín y a la vuelta de la esquina, nos paró una patrulla. Esta vez también me tocó ir

al lado del chofer, pero ni siquiera me bajé para hablar con los zombis mordedores. Estos, además, estaban muy locos; nos pedían 400.00 dólares por cada uno, y las negociaciones duraron hasta una hora después. La opinión del grupo siempre se dividía en momentos como ese, unos abogaban por darles lo más que pudiéramos, y los otros por darles lo menos que pudiéramos. Siempre ejercí mi presión a favor del segundo grupo. Estos guardias nos venían siguiendo desde que salimos del hotel, dijeron que estaban velándonos porque habían escuchado de la presencia de un grupo de cubanos en la ciudad. Dijeron que tenían a tres cubanos presos para mandarlos para Cuba, y claro que eso era mentira, porque a los cubanos que retenía migración lo más que hacían con ellos, era llevarlos hasta la frontera con Ecuador y dejarlos allí. Pero de eso no les dijimos nada, los dejamos hablar y al final de todo y con mucho trabajo (pues estaban enfrascados en cobrarnos los 400.00 dólares) les dimos 50.00 dólares cada uno y seguimos viaje.

Conversé, en todo el trayecto, con el chofer: le pregunté de su país, de Cali y de Medellín. Me contó de la casa del abuelo que él visitaba cuando niño y desde dónde se podía ver a Pablo Escobar en una de sus fincas; del último contenedor de dinero que apareció ahora en la actualidad y que pertenecía al Patrón; de los sicarios y sus vendettas en Medellín y del odio del pueblo a la guerrilla colombiana.

Pasamos por dos retenes más, pero no se dieron cuenta de nuestra presencia. El viaje duró muchísimo, sentí que aquellas horas costaban días, estábamos muy tensos, yo diría que a extremo. Dios no se apartaba de mi lado, pero tampoco de mi mente. Pasamos por una carretera sinuosa de muchas curvas y lomas, vimos toda clase de pueblos y de casas. El tráfico en aquel lugar era denso.

Al fin, al medio día llegamos a Medellín, y en las afueras, nos estaba esperando otra furgoneta. Me emocionó el hecho de saber que estaba en aquella ciudad de tantas historias. Enseguida vino a mi mente “La Virgen de los Sicarios”, y todos aquellos barrios de “Medallo” o “Metrallo” que se nombran allí: Santo Domingo Savio, Las comunas, Sabaneta. A mi padre le hubiera gustado mucho estar allí conmigo y escuchar “Senderito de Amor,” de Pedro Infante.

Este nuevo contacto nos llevaría hasta Turbo, donde debíamos abordar una lancha hasta Panamá. Este señor no me dio buena espina desde que lo vi... Nos llevó a una terminal de buses en el mismo Medellín para comprar los pasajes de nosotros y podernos llevar. Le dimos el dinero colombiano y fue a sacar los boletos mientras lo esperábamos dentro del auto. Nos pidió que no saliéramos del carro, y que habláramos bien bajo. Inmediatamente después se nos acercó un policía y se paró frente al carro, y de vez en cuando fijaba la vista para nosotros. Todos nos quedamos en silencio, a mí me habían pedido nuevamente que me sentara delante, al lado del conductor, y en ese momento no me atrevía ni a moverme; estábamos muy tensos. Nailyn solo decía que yo siempre tenía la suerte de que me mandaran para el asiento delantero. Por fin llegó el chofer y nos fuimos de allí.

Todo el viaje fue muy estresante. Pasamos varios retenes, pero no nos detuvo ninguno, gracias a Dios. El conductor, cada cierto tiempo, nos anunciaba el peligro del último retén, y me preocupaba que nos fuera a delatar para ganarse un poco más de dinero. Además, porque hablaba muy seguido por su celular, y casi no se le entendía lo que hablaba. El colmo de todo fue cuando

paró el carro y se bajó a dejarles una botella de Coca-Cola de dos litros a unos guardias en un retén que ni siquiera se habían percatado de nosotros, pues estaban almorzando. Después de eso ya supe que nos había entregado... Entrando a Turbo, efectivamente, él pasó muy lentamente por aquel último retén, y nos detuvieron. Estos buitres estaban más hambrientos que los anteriores. Fueron tan burdos que daban pena; nos pidieron 400 dólares casi como un ruego, y les dimos 50 cada uno. Luego nos reiríamos porque uno de ellos, el que hacía como que revisaba los equipajes, tenía las manos metidas en una mochila y la mirada en el dinero que nos pasábamos de mano en mano, como un hambriento mirando un pedazo de pan, o un alcohólico, viendo pasar la botella de ron.

Unos minutos después de haber dejado el retén nos esperaban dos hombres en motos, uno de ellos le hizo señas al chofer para que siguiéramos al otro motorista: así nos condujeron hasta un pequeño hotelito. Allí tuvimos que pagar, 600 dólares cada uno. Sacamos el dinero de los tubos de pasta dental y pagamos. La primera noticia era que salíamos esa misma noche, -ya llevábamos dos noches sin dormir- y esa sería la tercera y la más difícil de todas. También nos dijeron que teníamos que entregar los celulares que tuvieran cámara fotográfica. Se formó un conflicto porque nadie estaba dispuesto a entregar su celular. Lisbeth, Maikel y yo llevábamos solo uno para los tres, y mandamos a romperle la cámara con ellos mismos allí para poder quedarnos con él. A Nailyn le confiscaron un Smart, y a William le retiraron dos; uno de ellos, Smart. Nos bañamos y nos comimos un pedacito de pollo frito y tres papitas cada uno, acompañado de un vaso de Coca-Cola. Eso fue lo que nos dieron de comida.

Cerca de las nueve de la noche nos esperaban dos autos en la puerta del hotelito. Debíamos ir rápido, directo, y sabiendo ya en qué lugar se iba a sentar cada cual y en qué auto. A mí, nuevamente, me tocó ir delante. Pasamos por el medio de la ciudad, que estaba de fiesta, luego atravesamos un retén que ni levantaron la vista para mirarnos, y más adelante nos cruzamos con una patrulla que tampoco se percató de nuestra presencia. Los autos nos llevaron hasta la playa, y cuando se detuvieron, nos dijeron que saliéramos rápido y entráramos a una de las casas que estaban a la orilla del mar. Allí esperaríamos hasta las inalcanzables once de la noche, para sufrir los dos momentos más terribles de toda la travesía: “La lancha y la loma”.

### **De la Lancha de la muerte a la Loma oscura.**

Esperábamos en un cuarto donde las ventanas estaban tapadas y no se podía mirar para adentro, incluso hacia afuera era difícil ver. Teníamos que permanecer en silencio, y lo único que hacíamos era fumar. Nos pasamos el tiempo haciendo bromas y riéndonos de las boberías de Andro. Ignorantes del terrible momento que nos esperaba.

Cuando nos avisaron, al fin, de que ya había llegado la lancha, cogimos nuestras mochilas y salimos por la puerta del fondo, que se encontraba a unos dos metros del mar. La lancha aún estaba lejos, quizás a unos treinta metros de la costa, y se acercó solo un poco más. Entonces alguien dijo: -“vamos, vamos.” Y comenzamos a ir en dirección a ella, desorientados por la oscuridad que había en contraste con el lugar donde estábamos segundos antes. Los ojos estaban encandilados, y tuve que cerrarlos varias veces para adaptarme a la poca iluminación. Desconcertados por la idea de meternos en el agua con la ropa puesta, a esa hora de la noche y

con las mochilas además, Maikel y Lisbeth fueron los primeros. Pero él se adelantó y no se percató del tropiezo de ella con las rocas del fondo que la hicieron caer con mochila y todo. Yo me apresuré a ayudarla y cogí la mochila de ella además de la mía. El agua nos daba por la cintura, o un poco más arriba. En aquel momento comencé a ver a otro grupo que caminaba junto con nosotros en dirección a la lancha. Cuando llegamos, Lisbeth no podía subirse; yo arrojé las dos mochilas para arriba del bote, y la ayudé a subir. Luego yo, y cuando lo hice, ya estaba todo ocupado. Me quise quedar al lado del conductor, pero no me dejaron, me mandaron para adelante y terminé en la penúltima fila pegado al borde, en estribor. Pocos minutos después odiaría aquella decisión. Era una embarcación pequeña, de unos seis metros aproximadamente de proa a popa y dos metros de babor a estribor, y con un motor fuera de borda. Nos exigieron que nos colocáramos los chalecos salvavidas, y me preocupó toda esa precaución por parte de esa gente sin muchos escrúpulos. Comprendí que aquello no iba a ser fácil. La lancha despegó y con ella, nuestro optimismo. Lo primero que sentí fue un golpe en el coxis que me llegó hasta la nuca; luego de eso vinieron interminables golpes más. Al principio creíamos que aquellos golpes eran producidos por el oleaje de la costa y que pronto cesarían; luego descubrimos que estábamos errados y entendimos que todo el viaje sería así. También creímos que nos pasaríamos solo una hora en aquella situación, y nuevamente nos equivocamos...

Miraba hacia atrás y veía cómo se alejaban las luces de la ciudad. No se podía ver mucho más. Los saltos de la lancha eran cada vez más grandes, cada vez con más frecuencia, con motor y todo se quedaba suspendida en el aire; la sensación de caída era constante... estábamos encima de una montaña rusa, sin protección y sin amortiguador de golpes. Muchas veces se viraba hacia los lados y pensábamos que se viraría por completo; también temimos que el bote se partiera por la mitad. Los golpes nos comprimían todas las vértebras, la próstata, la vida... Yo calculo que las caídas eran de siete metros, aproximadamente. Tenía que sujetarme bien fuerte para no quedarme en el aire y poder caer junto con la lancha. Me había empapado y secado ya unas dos veces. Uno de los que se subió en la barca de la muerte junto a nosotros no paraba de vomitar. Lisbeth se desmayó y Maikel, que estaba sentado a su lado, pasó trabajo para despertarla. Yo pensaba en todas las mujeres que venían en aquella embarcación, Nailyn estaba sentada delante de mí, y la llamé para preguntarle cómo estaba, pero nunca contestó. Lisbeth y Maikel venían detrás, entre William y Rosario. Alexis estaba sentado a mi lado o casi debajo de mí, literalmente, estábamos muy asustados todos, pero él no podía ocultarlo mucho. Andro se había sentado en la proa, y se lamentó todo el tiempo de aquella decisión. Maikel y yo nos decíamos que ya estábamos cerca; estoy seguro de que él tampoco se lo creía, pero lo hacíamos para que Lisbeth se calmara.

De pronto se paró el bote en el medio de la nada. Los dos marineros se pusieron a hablar entre ellos. Al principio no entendíamos nada. Yo pensé que el motor se había roto, pero el problema no era tan grave, bueno, casi: estábamos perdidos y con la brújula rota. También la linterna dejó de funcionar. Entonces nos preguntaron quien tenía un celular para ellos poder ver no sé qué y tratar de orientarse. Alguien tenía uno a mano y se lo prestó. “-Prueba el agua, prueba el agua”- Se decían entre ellos. Pasado un rato nos dijeron que nos sujetáramos y que no nos inclináramos para los lados, pasara lo que pasara. El bote realizó un giro brusco de 90 grados a estribor y me cayó mucha agua encima. Después de eso no se paró más. Le reclamamos muchas veces al conductor para que fuera más lento. Casi no aguantaba más aquella situación, y todos los demás estaban igual que yo. Por mi mente pasaron miles de pensamientos. Pensé en toda mi familia...

No fue nada fácil; todos decíamos: “-Pinga, cojones, dale suave a esta mierda”. Y ellos replicaban que el mar estaba picado. Entonces vi cómo saltaban partículas luminosas del roce del bote con el agua, “candelilla” creo que le dicen, y pensé en Dios, y aunque no había perdido la fe, en ese momento (como en muchos otros de la travesía) lo sentí a mi lado. Fueron alrededor de cinco horas de constante tortura... Lisbeth perdió el conocimiento por segunda vez; yo llevaba mucho dolor en la columna y en el brazo derecho, los dedos de las dos manos estaban engarrotados. Las tablas que hacían de espaldar, se salían de su nivel y, en una ocasión, recibí de ellas un golpe muy fuerte en la frente y luego, en otro momento, me golpeó en un pié. Andro, dos veces, les pidió a los marineros que pararan para él poder irse para atrás, pues decía que donde estaba, los golpes eran más fuertes. Pero como ya había dicho, nunca más pararon.

Comenzamos a ver unas luces a lo lejos, y nos volvió la esperanza. Creíamos que era ahí donde desembarcaríamos, o para ser más exactos, donde terminaría nuestra tortura. Pero luego de mucho tiempo, las luces nos pasaron a lo lejos por babor. Luego, otras luces y otras más. Al final la lancha comenzó acercarse a la costa. Un poco lejos aún comenzó a disminuir la velocidad, y llegamos a la orilla con el motor casi apagado. Nos acercamos, muy lentamente, a un pequeño muelle de madera, donde había un joven esperándonos. Nos pidieron que hiciéramos silencio y comenzamos a caminar entre casas, en la oscuridad.

Los perros comenzaron a ladrar de todas partes. En la oscuridad y la premura Lisbeth dio un mal paso y se lastimó un tobillo. Yo cogí su mochila y me la puse delante; cruzamos una cerca y comenzamos a subir. Era algo que no esperábamos en aquella hora, con tantos golpes y tan cansados. Era una subida muy difícil, por un lugar en el que no pasaba nadie, y que no estaba apto para que pasara alguien. Era una subida angosta llena de malezas, y sabrá Dios cuántas cosas más, que no podíamos ver por la oscuridad imperante. Teníamos que ayudarnos de los bejucos y las raíces para subir, poco a poco, aquella loma interminable. A veces resbalábamos un poco y teníamos que volver a subir, atravesamos otra alambrada y llegamos a la cima. Ya estábamos en Panamá. Nos costó trabajo aquella subida, pero todavía lo peor estaba por venir... El descenso fue tan difícil que pronto nos hizo olvidar todo lo pasado anteriormente. Justo allí, en el medio de todo y de la nada, los guías nos dijeron, que ya no seguirían con nosotros, que debíamos bajar un tramo más corto y pronto nos encontraríamos con la playa panameña. Todo fue mentira: nos esperaba un tramo terrible... Lo peor de todo no es que se fueran, es que se llevaran, además, las linternas. Nos quedamos sin luz en aquella oscuridad, en la maleza. Comenzamos a bajar y yo me sentía muy bien, y ayudaba a las demás personas, pero Rosario y Nailyn se retrasaron, y es que no sabían cómo hacer porque era muy difícil, y se quedaron inmóviles en el medio de la loma. Entonces los demás nos quedamos por ellas, y las fuimos ayudando a salir de aquel momento. Andro y Alexis se habían ido delante con todo el grupo. Solo nos quedamos Lisbeth, Maikel, William y yo, con Nailyn y Rosario. Y en un momento me percaté de que nos habíamos quedado solos nosotros seis, apartados del grupo, sin luz, sin guía y sin saber para dónde coger. Rosario sacó su móvil para alumbrarnos con aquella pantalla pequeñita, al menos. No escuchábamos más nada que los sonidos de la noche. Por lo que nos habían dicho los guías, creíamos que la playa estaba muy cerca, y cada vez que bajábamos un tramo creíamos que habíamos llegado al fin. Pero luego nos percatábamos de que solo era un descanso para seguir bajando cada vez más. Yo iba delante, descalzo, pues se habían roto mis sandalias en la subida; me seguía Lisbeth, y luego Nailyn, Rosario y Maikel; William era el

último. Ese orden lo establecimos a propósito, creyendo que era el mejor, por seguridad y para andar más rápido. Después de varias decepciones, en la espera de haber llegado al fin, optamos porque yo bajara un tramo, hasta un descanso, y viera por donde era y cómo había que hacer para llegar ahí; luego subía a guiar a los demás por donde debían coger. En un momento en el que bajaba, me apoyé del tronco de un árbol que estaba cubierto de espinas, y terminé con cinco encarnadas en la palma de la mano. Se escuchaba un búho, pero nada del mar... Nos auxiliábamos de los bejucos, ramas y raíces para ir bajando. Después de haber descendido bastante, vimos, a lo lejos, una luz, y nos dimos cuenta de que nos faltaba muchísimo más. –“Eh, los de abajo, ¿ya llegaron?” – Les gritábamos –“No, todavía”- era lo que obteníamos de respuesta. Bueno, “-tenemos que seguir” y seguimos hasta que el móvil se quedó sin carga. En varias ocasiones pensamos en sentarnos a esperar el día, pero no sabíamos nada de aquel lugar, y creíamos que lo mejor era salir lo más rápido posible de allí, con aliento a violencia y a muerte. Más tarde nos enteraríamos de que el haber seguido fue la mejor decisión, pues estábamos en un sitio reconocido por los asaltos y las violaciones a los emigrantes que pasaban. Lisbeth sacó el celular de ella y seguimos descendiendo hasta que no supimos para dónde coger. Yo cogí hacia una dirección, mientras los otros esperaban, pero me llevaba de vuelta, luego fui por otra, pero no tenía rastros de que alguien hubiera pasado por allí, luego no supe que hacer. Y William, entonces, cogió por un lugar que estaba frente a nosotros y por el que pensábamos que no había salida, y todos lo seguimos, yo de último. Por allí salimos a un platanal, en el que no veíamos nada claro. Luego vimos una palma a lo lejos y decidimos ir hasta ella, pero seguíamos perdidos en el platanal, y no veíamos rastro de playa alguna. Ya estaba cansado de todo aquello y seguí caminando, esta vez hasta otra palma; pronto sentí la arena bajo mis pies descalzos y luego, escasamente, pude ver la playa. Enseguida avisé a los demás, que vinieron casi corriendo. Nos encontramos con un bohío, y luego otra alambrada para cruzar; unos perros que nos detuvieron el paso, y detrás de ellos Andro y Alexis. Nos volvió el alma al cuerpo.

### **Panamá desde la cabina de un avión.**

Andro y Alexis nos guiaron por una acera de mampostería (que agradecieron mucho mis pies descalzos) por toda la playa hasta el puesto de guardacostas panameño: “La Miel”, corrimos hasta un tanque de agua y tomamos solo un poco, pues estábamos muy sofocados. Nos pusimos a ver las heridas y los golpes, y tomamos anti-inflamatorios, calmantes y relajantes musculares. Yo tenía mucho dolor en la columna, la palma de la mano derecha llena de espinas, y todo el brazo derecho estaba negro desde la axila hasta el codo, debido a los golpes que recibí en la lancha. Nos pidieron los pasaportes y esperamos, arrojados en la yerba, hasta las 8:30 de la mañana. Era la tercera noche consecutiva que pasábamos sin dormir. Pagamos 20 dólares cada uno y los militares nos llevaron en una lancha hasta Puerto Obaldía. Las olas nos dejaban sin horizonte, y en otras ocasiones, nos ponían encima de él. Allí tuvimos que esperar unas dos horas más, muertos de hambre, hasta que comenzaron a llamarnos a uno por uno para tomarnos los datos y hacernos una foto. Luego una charla de buenos modales, y finalmente, la calle. Puerto Obaldía es una Aldea, con una pequeña pista de aterrizaje, y un pequeño muelle. Son las únicas vías de transporte posibles en aquel lugar, las avionetas y las lanchitas. Los moradores dicen que viven de la pesca, pero realmente viven de los cientos de cubanos que pasan por allí constantemente. Tienen un pequeño bar (si se le puede llamar así) improvisado, en el que los hombre se pasan todo el día, y el más adinerado, de vez en cuando, invita a una ronda para demostrar su estatus.

En Puerto Obaldía, el que no tiene un restaurante improvisado, tiene una casa preparada para rentar, o uno de los dos centros de comunicación, en el que te cobran un ojo de la cara y la mitad del otro por un minuto de llamada o 10 minutos de Internet, y eso, después de vencer una inmensa cola. Es un lugar en el que está prohibido fumar, y para evitar un conflicto mayor con los cubanos, se puede fumar bien lejos, en el muelle. La playa está llena de basura, y está prohibido bañarse sin un permiso y nunca después de las seis de la tarde. Esta aldeíta está repleta de cubanos, de pollos, y nada de pescado.

Cuando salimos del puesto de control fronterizo, cerca de la una y treinta de la tarde, estábamos desesperados por comer algo, y fuimos hasta la casa de una señora que nos sirvió pollo, y vimos el cielo abierto. Teníamos que quedarnos allí tres días, para salir el cuarto. Nos arrendamos en una casa de madera, perteneciente a una ancianita a la que llamábamos "abuelita" y que pasaba todo el día sentada en el pasillo-portal, frente a la calle, y se entretenía poniéndoles tapitas de botellas plásticas, llenas de leche a las lagartijas, que se acercaban agradecidas y desenfadadas a beber en el alfeizar de la ventana. Era un cuarto grande para nosotros ocho. Una cama de dos plazas para Lisbeth y Maikel, y los demás nos repartimos en tres literas. Las paredes estaban repletas de nombres de cubanos que habían pasado antes por allí. Bañarnos era una tragedia, en un lugar muy sucio, con un recipiente plástico y lleno de huecos, sacar de un tanque el agua, que dudaba si era más limpia que la que estaba derramada en el suelo. De comida, pan y Coca-Cola. Los mosquitos y los jejenes estaban a la orden del día.

Ya en Puerto Obaldía pensábamos que lo habíamos vivido todo, sentimos el miedo y la zozobra del perseguido, del prófugo de la ley; el temor de los balseros, del prófugo de la guerrilla; sobornamos policías, o al menos, eso nos hicieron creer.

Allí supimos muchas cosas que nos explicaron mejor por lo que habíamos pasado. Allí nos enteramos que después de nosotros salió otra lancha con doce cubanos y que solo llegó uno vivo y cuatro muertos, porque se partió en medio del mar. También supimos que, en varias ocasiones, bandidos habían tiroteado e interceptado las lanchas en el medio del mar para quitarles el dinero. Nos enteramos de los cientos de asaltos y violaciones, tanto a mujeres como a hombres, en aquella terrible loma, de las personas que habían muerto de un ataque al corazón o cosas por el estilo, en aquel lugar, en el que se podía oler la muerte literalmente.

Allí llamé a mi esposa, por primera vez, desde que salí de Ecuador. También compré una Cola Loca para pegar las chancletas que se me había roto subiendo la loma.

Ya cansados, pagamos 35.00 dólares cada uno para poder salir antes de tiempo, aunque lo único que adelantamos fue un día. Pagamos después 240.00 dólares cada uno para volar en una avioneta de nueve plazas, con destino a Ciudad Panamá. Salimos a las diez y pico de la mañana y Andro tuvo que correr para alcanzarnos ya en la avioneta. De todas las cosas que pasé nunca olvidaré lo que sucedió minutos después... El piloto separó algunos asientos y nos señaló donde poner nuestras mochilas, luego me miró como si me estuviera pesando con la vista, y me dijo que yo iría en la cabina al lado suyo. Desde que me senté, no aparté la vista de la pizarra de control ni de sus manos. Siempre me han gustado los aviones, y había pilotado unos cuantos en videojuegos, por lo que no fue difícil para mí entender todo lo que estaba sucediendo. El

indicador de altitud, el de velocidad, el de la posición horizontal, la brújula, el GPS, los mandos de control, todo me era familiar. Disfruté mucho de aquello; como si hubiese sido un niño. Nailyn volvió a decir que yo siempre tenía la suerte de que me mandaran para el asiento delantero, pero realmente, esa vez, Dios se había lucido con creces. Ya, llegando a Ciudad Panamá, sobrevolamos el mar, cerca de la entrada al Canal, y vimos muchísimos barcos, de todos tamaños y formas, algunos detenidos; otros en movimiento. Era todo un espectáculo, una vista fabulosa. Y luego, más adelante, los rascacielos de una de las ciudades más lindas y modernas que pude ver en todo mi recorrido. El aterrizaje fue lo otro que disfruté mucho, de principio a fin, cada movimiento, cada señalización, cada detalle fue mío.

Al llegar al aeropuerto estuvimos tirados en el piso por casi una hora esperando a que nos hicieran el salvoconducto de tres días para continuar nuestro camino. En la salida del aeropuerto tomamos dos taxis hasta la terminal de buses Albroom. Allí sacamos boletos hasta Paso Canoa, para las diez y media de la noche. Hasta que llegara la hora de partida, compramos chips para nuestros celulares y nos pusimos a llamar a nuestros familiares. No había hablado con mis padres desde que salí de Ecuador, y pensaba mantenerlos al margen de todo aquello, pero ya estaban enterados de mi travesía, y cuando hablé con ellos estaban desesperados, y no me quedó más remedio que decirles “más o menos” la verdad, y calmarlos un poco. Me dolió mucho sentirlos así, y era por eso que había tratado de ocultárselo. Almorzamos y más tarde comimos, allí mismo, en la terminal. En ese lugar, vi por primera vez un casino, acompañé a Andro en una de las tragaperras en la que se ganó seis dólares en un momento y así de rápido los perdió, luego vi a personas de todas las edades sentados como autómatas embobecidos mirando una pantalla sin importar el mundo detrás de ellos, señores mayores, una anciana a la que le preguntamos algo y con los ojos brillantes, como un niño con el mejor juguete del mundo, nos dio una disertación de cómo funcionaba su juego. Lo que me vino a la mente fue que tenía que salir huyendo de allí y no volver jamás.

Alexis no seguiría con nosotros; llegaba hasta Panamá. Estando allí en la terminal, lo fueron a recoger su esposa y el suegro. Estuvieron conversando un rato; luego él se despidió de nosotros. Ahora éramos siete los que seguiríamos viaje.

Llegadas las 11 de la noche tomamos el bus, como estaba previsto. El viaje hasta Paso Canoa fue de noche y pudimos dormir algo. Llegamos cerca de las siete de la mañana, nos bajamos del bus, y cruzamos la frontera caminando hasta las oficinas de migración de Costa Rica.

### **Costa Rica: el sosiego dura poco.**

Nos atendieron a las diez de la mañana, y alrededor de la una y media de la tarde nos dieron los salvoconductos. Cuatro horas después salíamos en un bus con destino a San José, la capital del país. En una ocasión paramos para comer, todo era muy caro, pero estábamos muertos de hambre; luego continuamos viaje y todo se mantuvo sin contratiempos. Llegamos de noche a San José, y en la terminal nos estaba esperando un señor que nos llevó hasta su hotel; allí pasamos la noche.

En la mañana el señor nos indicó cómo llegar hasta la terminal de buses en la que debíamos

comprar un boleto con destino a La Cruz. Nos sentíamos sosegados porque no teníamos que escondernos de los retenes policiales, ni pagar sorbos; pero estábamos equivocados... Casi llegando a La Cruz, Diego nos puso en contacto, por vía telefónica, con Carla. Ella se haría cargo en aquel lugar; y lo primero que nos dijo fue que debíamos pagarle 50.00 dólares por cada uno a un retén que debíamos atravesar. Ahí comenzó nuevamente el problema. No podía entender por qué debía pagarle a un retén policial si yo andaba con un salvoconducto. Llegó el momento esperado, efectivamente, el retén paró el bus... Subió un guardia que pidió los documentos de identificación. Le mostramos nuestros salvoconductos y él los cogió y se bajó del bus por la puerta de atrás, y nos dimos cuenta cuando el bus retomó su viaje. Enseguida me paré y fui corriendo para el conductor y le dije que detuviera el bus; me bajé y le dije a los dos militares que nos devolvieran nuestros documentos. Temí que se quedaran con ellos, y que más adelante nos detuviera un control policial. Pero ellos pensaban otra cosa. Luego me percataría del error que había cometido. Eran dos militares de unos cincuenta y algo de años, se habían quedado tranquilos, pero yo fui a exigirles que nos los entregaran. Y ellos, entonces, se contrariaron; uno se puso a revisar los papeles uno por uno, y el otro le preguntaba si “no estaba ahí”. Yo no entendía nada. Les decía que los documentos estaban en regla, y ellos sin saber qué decir, se pusieron a inventar que faltaba alguien que no había dado sus documentos, que contaban siete documentos y tenían que ser ocho, yo discutía con ellos que no, que éramos siete. Aquello cada vez se fue poniendo más tenso. Me dijeron que iban a llamar a migración y yo les dije que sí, que llamaran a migración a ver que justificación ellos les iban a dar del porqué nos habían detenido si teníamos los salvoconductos. Los militares me dijeron que fuera a bajar mis pertenencias y a decirles a los demás compañeros míos que bajaran también con las de ellos. Les reclamé que no tenían ningún motivo para aquello, porque nuestros documentos estaban en regla y que si nos bajábamos y el bus se iba, ellos tendrían que pagarnos el pasaje de ahí hasta nuestro destino, sino los acusaría. Los amenacé, incluso, con los Derechos Humanos. Yo me encontraba en el límite, y gracias a Dios, en el momento en que exploté no había alguien con muchos deseos de hacerme daño. Fui, y les dije a los otros seis que se habían quedado en el bus y mientras bajaban, se me subió lo de Luis Alberto García en la película cubana “Clandestinos”, e inmediatamente me puse a hablar para todos los pasajeros y a decirles, que nosotros teníamos nuestros documentos en regla, que estábamos legales en el país, y que ellos nos estaban deteniendo para sacarnos dinero.

Pues nada, todos los demás estaban de acuerdo con darles dinero a los guardias. Lisbeth y no sé quién más, fueron a hablar con ellos, y terminaron diciendo que todos se podían ir, menos yo.

Nunca estuve de acuerdo con darles dinero, y les dije a los demás que a partir de aquel momento no volvería a expresar más mis opiniones. Claro que no hubo mucho que discutir cuando ellos les dieron cincuenta dólares por cada uno. Nos quedamos unos veinte o treinta minutos allí, hasta que pasó un bus y nos paró.

Cuando llegamos a La Cruz nos esperaban dos autos ligeros y nos montamos sin muchas explicaciones. Luego, en el trayecto hasta la casa de Carla, Lisbeth y yo nos preocupamos porque no habíamos hablado con la mujer para montarnos en aquellos carros y temíamos que nos fueran a secuestrar o algo por el estilo. La duda se acrecentó cuando el chofer comenzó a hablar con Sofía, y nosotros no conocíamos ese nombre, entonces Lisbeth Llamó a Carla y ella le dijo que Carla y Sofía eran la misma persona. Volvimos a respirar tranquilos.

Cuando llegamos a la casa, tuvimos que pagar 60.00 dólares a los choferes. Allí nos encontramos con los que habían navegado junto a nosotros en La Miel. También había otro grupo de ocho cubanos que estaban siendo dirigidos por el mismo guía y que habían salido de Ecuador tres días antes que nosotros. Ellos nos contaron que lo que pasó con los guardias del Retén que pasamos, fue que ellos esperaban que el dinero estuviera dentro de los documentos que les dimos, y confiados en eso nos dejaron seguir, luego yo, ignorante de aquello provoqué el conflicto.

Recuerdo que al llegar, teníamos mucha hambre. Eran cerca de las cinco de la tarde, y no habíamos comido nada desde la noche anterior. Mandamos a comprar arroz y huevo, pues no podíamos salir de aquella casa. Luego cocinamos, y finalmente, pudimos comer algo.

Aquel lugar estaba compuesto por tres casas, las dos primeras de mampostería, y la última era de madera. Al frente, una tapia que cubría toda la entrada y las miradas ajenas. También en los lados, hasta mitad del patio, que seguía mucho más y terminaba confundiendo entre la vegetación. Debíamos hablar en voz baja, pues por uno de los lados de la casa había un trillo por el que transitaban personas, entre ellas, policías y coyotes que, por supuesto, eran competencia de los dueños de las casas en donde estábamos; y podían denunciarnos si nos escuchaban, o peor, asaltarnos el día que saliéramos, atravesando el monte para cruzar a Nicaragua.

Aquella noche nos dormimos muy temprano, pero fue por muy poco tiempo. Cuando desperté, Carla estaba hablando con nosotros, y nos decía que había un operativo antidroga en la zona y que teníamos que recoger todo e irnos para la casa del fondo, a escondernos allí hasta que pasara el peligro. Allí nos tiramos todos en el piso, algunos encima de otros, cada uno con su mochila, y en total oscuridad. Allí conocí a un matrimonio de ancianos que estaban haciendo el mismo recorrido que nosotros; y el señor casi no podía ni moverse y le costaba trabajo respirar, pues se había fracturado una costilla en la lancha del paso de Colombia a Panamá. Allí dejaríamos a aquellas personas que estaban detenidos esperando recuperarse de todo aquello.

Estuvimos mucho tiempo tirados en aquel lugar, hasta el punto en el que algunos terminaron dormidos y roncando. Luego vimos unas luces de linternas en el fondo del patio, y nos dijeron que los policías estaban ahí. Nos encontrábamos en una especie de portal con paredes de lona, por eso podíamos ver las luces que cada vez se acercaban más a la casa, hasta el punto de estar ya encima de nosotros. Yo hablaba con Dios, y temía que nos fueran a encontrar, pero sentía la presencia de él siempre a mi lado. En un momento, ya al lado de donde estábamos, dieron media vuelta y se fueron. Estuvimos otro rato más en aquella situación, hasta que finalmente vino Carla a decirnos que ya podíamos salir. Entonces pudimos regresar a donde estábamos inicialmente y volvernos a dormir.

Al otro día, igual nos cocinamos. Recuerdo que a cada rato nos pedían que habláramos en voz baja. Es muy difícil de controlar la bulla de los cubanos. En casa de Carla debíamos hacer el primer pago, ese día nos comunicamos en llamadas tripartitas cada uno de nosotros con Diego y el familiar que nos depositaría el dinero. Luego de que Carla recogiera su pago, entonces podríamos seguir camino.

Ya, comenzando la noche, nos dijeron que nos prepararíamos para partir. Nos habían dicho de la probabilidad de atravesar un río, y eso nos preocupaba. Los guías decían que el agua nos daría al pecho. También existía la posibilidad de que no fuera necesario aquello; todo dependía de lo despejado que estuviera el camino a transitar.

A las once y media de la noche ya estábamos formados en una fila para salir por el mismo fondo del patio. Yo era el último de la hilera, delante de mi estaba Lisbeth, y delante de ella, Maikel. Debíamos cogernos de las manos o sujetar el hombro del que estaba delante para no perdernos, pues no se veía absolutamente nada. Todos estábamos vestidos con ropas oscuras, y no podíamos hablar durante el recorrido. Comenzó la marcha y en ocasiones teníamos que correr, siempre íbamos muy rápido, las pisadas en falso estaban a la orden del día. Primero atravesamos una alambrada, luego un campo cubierto de vegetación que nos superaba las rodillas; algunas personas que traían puesto pantalones cortos se lastimaron las piernas. Gracias a Dios, no vimos río por ninguna parte, aunque caminamos por el cauce de un río seco, entre rocas y huecos. Bajamos por una cañada cubierta de árboles; allí no podía verme ni la silueta de las manos. Tropezamos muchas veces, y nos caímos otras tantas.

Subiendo el desfiladero me perdí... En un momento solté el hombro de Lisbeth y luego no pude encontrarla, tiraba la mano para todas partes, pero no lograba localizarla, la llamé, pero no respondía, me asusté, me sentí solo y perdido en aquel lugar en el que no se veía absolutamente nada. Fui subiendo la loma tanteando el terreno con los pies y las manos, y tratando de apresurar un poco más el paso. Al final volví a tocarla, y respiré aliviado. Luego atravesamos otra alambrada y seguidamente un potrero. Caminábamos por entre las reses acostadas, que parecían rocas grandes al lado de nosotros. Otra alambrada y finalmente, a lo lejos, la carretera. Casi llegando íbamos muy sigilosos, entre los arbustos, un tanto agachados, hasta que vimos un auto que se detuvo; entonces, el guía nos indicó que corriéramos hacia él, pero de repente el auto salió sin esperarnos, y corrimos nuevamente, esta vez hacia atrás, a escondernos. Luego pasó un carro y nos asustamos, pero el susto mayor fue cuando comenzó a sonar una sirena. Pensé que nos cogerían. Nos pusimos a esperar, y en la espera me encarné unas espinas en el tobillo derecho. Minutos después volvieron los dos carros nuevamente, y corrimos otra vez hacia ellos.

### **Nicaragua: un cartel de Daniel y un hurón nos dan la bienvenida.**

Éramos un grupo de veinte cubanos, para subirnos en dos autos ligeros. En el primero se montaron nueve. Y en el segundo, subimos once. Maikel, tuvo que ir en el maletero del coche, encima de todas las mochilas. Yo iba sentado en el asiento delantero, pero esta vez, con Lisbeth sentada en mi estómago. Detrás una muchacha se quejaba de dolor en uno de sus pies, y cada vez que se movían, ella soltaba un grito de dolor, pues el pie le había quedado debajo del asiento. En cada bache que cogía el carro, yo sentía como si se me estuviera partiendo la columna, Lisbeth estaba igual, porque se había lastimado la columna en la caminata que habíamos acabado de realizar y varias veces gritó de dolor, la muchacha detrás de nosotros lloraba y decía que se le iba a partir el pie que no lograba sacar de abajo del asiento. Nailyn, que también iba en aquel carro, comenzó a decir que no se sentía la pierna, pero un muchacho que estaba al lado de ella, le dijo que la pierna que estaba tocando no era la de ella, sino la de él. Luego nos reíríamos todos de

aquel momento.

Ya estábamos en Nicaragua, y lo primero que vi fue un cartel bien grande, con la imagen de Daniel Ortega; luego, como una especie de hurón bien grande, en el medio de la carretera. El auto iba demasiado rápido, y temía que fuéramos a tener un accidente porque iba excedido de peso. Al fin, el carro se desvió a una especie de casa que quedaba en una elevación a orillas de la carretera, a la entrada de una finca. Allí ayudamos a Maikel a salir del maletero, en que se encontraba entumecido y con una herida en la espalda que le provocó un tornillo del auto. Andro llegó en el maletero del primer carro, y cuando se abrió el compartimiento hubo que despertarlo. Lisbeth casi no podía moverse del dolor en la espalda, la ayudamos a bajar del auto y luego la amarramos de pie en una columna, con la enguatada de Maikel. A la chica del dolor en el pie la bajaron cargada, y con el tobillo inflamado. Un muchacho del grupo traía un anestésico de los que usan los deportistas, y le rociaron en el lugar del dolor. Luego yo le pedí el atomizador y le rociamos a Lisbeth en la espalda y la volvimos a amarrar. Con eso, más o menos se calmaron un poco las dos.

Hubo que esperar allí hasta el amanecer. Todos se acostaron a dormir en el piso de aquel largo portal. Yo no pude, y me puse a conversar con dos muchachos que tampoco se acostaron. A lo lejos un fuego enorme quemaba una colina, mientras que cada uno contaba cómo había llegado hasta allí.

Al amanecer vino a recogernos un señor, que nos condujo por el campo hasta un claro alrededor de un árbol que quedaba a unos cien metros de su casa. Ahí nos dejó sentados en la tierra. Más tarde unos melones de desayuno, y cerca de la una nos llevaron un almuercito. Dos horas después nos condujeron en una fila hasta unas casas donde nos esperaban una Furgoneta y un auto ligero. Cuando fuimos a montarnos, tuvimos que correr hacia detrás de una de las casas a escondernos, porque pasaba una patrulla por allí en ese momento. En la furgoneta íbamos muy incómodos. Nos llevó por un terraplén, luego cogió carretera, y más tarde se desvió para que hiciéramos trasbordo a tres autos ligeros, en los que íbamos como sardinas en lata. Ya era de noche nuevamente, y fue un recorrido muy largo. Nunca pasamos por Managua, pero si atravesamos un retén que no nos detuvo. De los tres autos hicimos otro trasbordo a una furgoneta, esta vez más grande, gracias a Dios. En ella llegaríamos hasta la frontera con Honduras.

Después de mucha carretera, la furgoneta se apeó a la orilla y el chofer nos indicó que bajáramos. Allí nos esperaban unos hombres a caballo. Otra vez a coger monte, otra vez en total oscuridad, hasta el punto en el que a veces no veía mi mano frente a mis ojos.

Caminamos muchísimo, Maikel y Lisbeth se retrasaban por el dolor que ella traía en su espalda, yo trataba de mantener una distancia entre ellos y el grupo, para saber por dónde cogían y poder indicarles a ellos en caso de que cambiaran de camino. En un momento la montaron en un caballo, pero eso fue peor, y se bajó para seguir caminando. Luego nos encontramos con una alambrada que debíamos atravesar, y en ese momento alcancé al grupo, Maikel y Lisbeth también nos alcanzaron. Luego a seguir caminando, y nuevamente la distancia se alargó. Los guías nos decían que no debíamos hablar, y que apuráramos el paso, pues esa zona estaba llena

de asaltantes. Al fin, después de tantos anuncios, apareció con una sonrisa burlesca, el río. Llegamos al cruce y nos quitamos los zapatos para atravesarlo. El agua nos llegaba a las rodillas, pero solo en el primer cruce; luego, en otra ocasión tuvimos que volverlo a pasar, y esta vez el agua nos llegó mucho más arriba.

### **Honduras, la pobreza es endémica.**

Al llegar a la otra orilla ya estábamos en Honduras. Comenzamos a subir una pendiente y como no veíamos nada, tropezábamos mucho. De repente se escucharon unos disparos muy cerca de nosotros. Le pregunté a un guía y me dijo que era uno de ellos que había disparado para que los asaltantes supieran que ellos estaban armados. Llegamos a un claro y nos pidieron 50.00 dólares por cada uno. Luego nos indicaron que siguiéramos por el camino que continuaba adelante. Estábamos exhaustos, pero pronto veríamos a los guardias que nos esperaban con una camioneta para llevarnos hasta la estación de guardafronteras; comenzar a hacernos los trámites y darnos un salvoconducto en el país.

Mucha pobreza vi allí. Mucha pobreza he visto en toda América Latina; pero es mejor no argumentar... porque entonces tendría que hablar de mi país, y de política, y no estoy en condiciones de tanto.

Como ya dije, los militares nos llevaron en una camioneta al punto de control, Era una camioneta pequeña, con una barandilla muy bajita, y teníamos que ir parados con mucho riesgo de caernos de allí. Al llegar al Puesto Fronterizo, nos estaban esperando los habitantes de la zona, con bolsitas de agua para vendernos, claro está, ocho por un dólar. Y los niños nos pedían cosas, como si hubieran llegado los turistas exóticos y millonarios de tierras ricas. Andro regaló alguna que otra cosa, y yo casi les lloro en sus caras... Estábamos empapados, sucios a más no poder, cansados, sedientos y muertos de hambre. Allí lavamos los zapatos y Lisbeth se puso a lavar algunas cosas, como las medias. En un momento los militares nos pidieron que nos juntáramos para hacernos una foto; les preguntamos: ¿para qué? y nos respondieron que para el Facebook. Yo me paré al fondo, detrás uno más alto que yo.

Al finalizar nos llevaron en la misma camioneta, según ellos a un “hotelito,” que para entrar había que recorrer un estrecho pasillo en el lado exterior derecho del lugar, e ingresar por el patio. Era una nave grande, con dos o tres dispensadores de refrescos, muchas colchonetas juntas tiradas en el piso, y unas cinco computadoras conectadas a internet. Cuando llegué, no pensé en otra cosa que sentarme en una computadora, y corrí hacia una de ellas. Les escribí a mis padres y a mi esposa, diciéndoles que estaba bien, y que no había de qué preocuparse. Luego les cedí el puesto a Lisbeth y a Maikel, y me fui a bañar como en los tiempos del internado adolescente, cuando la turbina se rompía y teníamos que bañarnos sobre la cisterna, con el agua que sacábamos cubo a cubo. Pues esta vez fue igual, sobre la cisterna, tarde en la noche, con el agua congelada y calzoncillo puesto. Me cené una paleta de helado, y me acosté a dormir entre la gente, en una de las colchonetas en el piso. Aquel pueblito se llamaba Guassaule.

Al despertar, esperamos por un bus que nos llevó hasta la oficina de migración, en donde nos dieron un salvoconducto por cinco días. De allí fuimos en una camioneta para la terminal de buses en donde compramos boletos y salimos enseguida con destino a San Lorenzo. En un momento del trayecto tuvimos que pasar por un retén, y nos mandaron a bajar. Allí, en una oficina, nos pidieron los documentos migratorios, y luego nos hicieron fotos en grupo. Les preguntamos por qué nos hacían fotos así. Y al fin... el oficial que nos atendió, nos aclaró que las fotos eran por si alguien aparecía muerto, saber a qué grupo pertenecía.

Llegamos a San Lorenzo sin contratiempos, en la tarde, y con un hambre atroz. Recuerdo que cuando entrábamos a la ciudad, un joven de allí, nos dijo que era la segunda ciudad más violenta de América Latina. Realmente percibí una ciudad muy alterada... En cualquier parte había alguien con armas largas en las manos. Pasaba una camioneta con cuatro o cinco hombres con fusiles; un señor cuidando la puerta de un establecimiento con su fusil en la mano y dos que pasaban por la calle, llevaban fusiles.

Andro se sintió mal por la falta de alimentos, y Rosario lo acompañó a buscar algo de comer. Nosotros cogimos para otro lado a ver si hallábamos algo, pero nada.

Nos habíamos unido dos grupos de Diego; ahora éramos quince cubanos, nosotros siete, y el grupo de ocho que había salido tres días antes. Estábamos en aquel lugar sin saber para dónde ir, ni cómo hacerlo. Un joven de la calle nos dijo que si le pagábamos algo nos llevaba hasta la terminal en donde podíamos coger otro bus con destino a Tegucigalpa. Así hicimos, y el muchacho, paró un bus urbano, muy feo, con un ambiente muy denso, casi repulsivo. Nos bajamos unos minutos después y caminamos dos cuadras hasta la terminal. Al intentar pagar los pasajes para Tegucigalpa nos percatamos de que el dinero que teníamos, no nos alcanzaba. Y nos atormentamos un poco. A esa hora la gente comenzó a sacar relojes, celulares y hasta cadenas, para vender, para completar el dinero, pero ni aun así alcanzó.

Entonces llamamos a Diego, y él nos puso en contacto con el guía que nos esperaba en la capital. Entonces, este señor, por órdenes de Diego, pagó desde allá nuestros pasajes, y así pudimos salir de aquel lugar. Antes de eso, salimos de la terminal y caminamos unas cuatro cuadras para ver si encontrábamos algo de comer. Vimos unos tacos y se nos ocurrió comprarlos. Resultó que eran extremadamente pequeños y muy picantes. Fue una pérdida total de dinero, pues además eran carísimos.

En mitad del camino el bus hizo estancia en un restaurante–cafetería, y algunos de nosotros nos bajamos a comer algo. Los demás no quisieron, pensando comer cuando llegáramos a Tegucigalpa.

Al llegar a la capital hondureña, nos esperaba una furgoneta que nos condujo hasta un hotel. En el mejor que estuvimos en toda la travesía. Allí nos dieron nuestras habitaciones, y hasta mañana. Y ahí mismo se formó la discusión. Un señor que viajaba con nosotros, del otro grupo, comenzó a discutir con la recepcionista, porque él tenía hambre y “¿cómo era posible que no le dieran nada de comer?” Bueno, no sé en qué paró la discusión, lo que sí sé es que al otro día nos dieron el de pie muy temprano con una buena comida.

Ya en la noche, nos fue a recoger un bus, que estacionó frente a la entrada del hotel, nos reunieron a todos en el lobby, y nos dimos cuenta de que también había personas de otras nacionalidades.

Me senté al final en el bus, y en el trayecto repartieron unas cajas de comida y soda. El ayudante del chofer, comenzó a repartir la comida por el final. Y yo fui el primero en cogerla, entonces me dijo que eran cinco dólares, y enseguida se la quise devolver; pero me dijo que no. Fue cuando me percaté de que aquella comida estaba incluida en el viaje, y él estaba intentando ganarle algo extra. Me quedé observando a ver si alguien le daba los cinco dólares. Llegó al asiento de Yunior, un muchacho del otro grupo, y le dijo que si no tenía cinco dólares que le diera el reloj que traía puesto. Pero realmente, nadie cayó en la trampa.

Este bus, se desvió un poco de la carretera, para dejarnos frente a una furgoneta. Nos subimos en ella y seguimos nuestro camino por montañas y lomas que casi no podía subir.

Nos dejó a mitad de una loma. Esta vez nos esperaban tres camionetas, y en ellas pasamos los caminos más difíciles y peligrosos a altas velocidades. Pasamos por varias curvas peligrosas al borde de precipicios; también atravesamos varios ríos. En ellas cruzamos la frontera para adentrarnos en Guatemala.

### **Guatemala, "una densa tranquilidad"**

Después de rodar en toda aquella sierra y pasar por varios poblados y caminos angostos, las camionetas nos dejaron en mitad de un terraplén, en el que nos aguardaba una furgoneta. Ésta nos llevó hasta un bus que esperaba en una carretera en el medio de la nada. Se detuvo detrás y corrimos a subirnos en el ómnibus.

Continuamos en este transporte, sin contratiempos, por todo el país hasta Ciudad Guatemala. Al llegar, nos pidieron que nos preparáramos los siete primeros para hacer trasbordo. La estrategia era dejar grupos de siete cada cierto tramo, en donde ya estaban esperando carros ligeros que nos llevarían a un hotel. Bajaron los siete primeros y les indicaron el auto al que debían ir. Luego nos tocaba a nosotros. Dos kilómetros después nos bajamos, pero el carro en el que debíamos montarnos, no aparecía. Minutos después llegó y nos montamos en él. Todo se debió a que los primeros que se bajaron del bus, se montaron en un auto que esperaba a otras personas, y cuando se dieron cuenta, chofer y pasajeros, del error, se formó la corredera. Todo el mundo llamando a todo el mundo por teléfono. Finalmente se solucionó la situación y todos llegamos al hotel.

Era un lugar, que no pude definir... Una entrada entre dos edificios con parqueos para uno o dos carros debajo de las habitaciones, y al lado de otras. Entramos por un pasillo un tanto oscuro, con una puerta central que cerraban por fuera; Las habitaciones tenían Yacusi; Las puertas, una especie de ventana que se abría desde el pasillo y que creaba, como una especie de mesita, en medio de la puerta. Aquello no se sabía si era un antro de todo tipo de perversiones psico-sexuales donde se practicaba sado-maso o una prisión. Ese día decidimos no bañarnos. Todo estaba muy sucio y las ropas de cama parecían salidas de una película de terror. Comimos pizza y dormimos con ropa. Al otro día salimos en la mañana. En varios autos para una terminal, en donde cogimos un bus. Ya nos tocaría coger dos buses más para llegar a La Mesía. Los buses

eran muy incómodos, y estaban repletos de gente. Debían sentarse tres por asiento, y el pasillo de los buses, también estaba abarrotado. En un momento, nos detuvo un retén, y mandó a bajar a todos los que estuvieran en el pasillo. Yo era uno de ellos, y en ese momento pensé que bajarme sería el fin. Entonces me senté a fuerza de empujes y mucha voluntad, a media nalga, pero sentado, y así no bajé. Se subió uno de los guardias y comenzó a revisar los equipajes. Nos asustamos, pero no sucedió nada.

Al llegar, los quince cubanos, nos bajamos y entramos en una tienda. Desde allí, nos fueron llevando en motos-taxis, para una casa. Hubo que dar varios viajes para llevarnos a todos. Esta era la casa del próximo contacto, donde tuvimos que permanecer cinco días. Un poco porque había que hacer el penúltimo pago, antes de entrar a México, y otro, por velar el momento idóneo para cruzar la frontera. Desde aquel lugar podíamos ver parte del territorio mexicano, y dormíamos con la idea de que el paso por México sería muy fácil, pues ya era la gente de nuestro guía, Diego. Nos pasábamos el día viendo televisión y fumando. No se podía salir de aquella casa.

En aquel lugar comíamos muy bien, pero dormíamos muy mal, todos muy juntos en colchonetas y colchas regadas por el piso. Todo estaba muy sucio, y el baño era lo peor.

En esos cinco días varias cosas cambiaron ante mis ojos, todo comenzó cuando el dueño de la casa nos contó que Diego había mandado a matar a tres cubanos, solo porque decidieron no seguir con él.

El día de la salida almorzamos primero nuestro grupo de siete, que éramos los que saldríamos en ese momento. El otro grupo, de ocho, debía salir un día después. Nos subimos a un carro con un coyote al que parecía ser su primera vez. Pasamos un punto en el que una cadena atravesaba la calle, y estaba custodiado por un niño. Teníamos que estar ocultos y en silencio en el carro. El chofer le pagó al muchacho, y este bajó la cadena para dejarnos pasar.

Inmediatamente nos adentramos en el monte, y minutos después nos encontramos con una furgoneta que nos esperaba en mitad de la nada. Hicimos traspaso, y seguimos camino.

### **México (Chiapas) olor a peligro.**

Poco tiempo después estábamos entrando en México, no hubo cartel ni nada que nos lo dijera, solo el cálculo y el olor a peligro.

El guía estaba sentado al lado del chofer; las mujeres, en el asiento de atrás, y los cuatro hombres íbamos en el compartimiento del equipaje. El guía hablaba con el chofer, y le decía que no había podido dormir por lo nervioso que estaba. Ahí supimos que no estábamos en las mejores manos. Nos habían mandado con un muchacho inexperto y cobarde.

Llegamos al primer pueblo y la furgoneta paró en una esquina. Luego debíamos bajarnos uno a la vez, con un intervalo de un minuto, y de la misma forma irnos subiendo a una buseta que esperaba más adelante a unos cincuenta metros. En aquella viajábamos con pasajeros mexicanos, por eso debíamos ir en total silencio. De ese carro pasamos a otro igual, que era conducido por una mujer muy agradable, con un timbre de voz, que me recordó a la Vargas.

Esta señora nos llevó hasta otro pueblo, y entramos en el patio tapeado de una vivienda. Allí esperamos unas tres horas aproximadamente, hasta que llegó una buseta a recogernos.

Seguimos viaje, ya al atardecer, llegamos a la orilla de un río inmenso, en el que esperaba un ferri que era movido por un botecito con un motor fuera de borda. Otra vez volvimos a decir: “Ahora sí, que lo hemos vivido todo”

El carro, junto con otros más, se subió en aquella plataforma flotante y seguimos viaje, esta vez, por el río. Nosotros no debíamos salir de adentro de la buseta para no ser detectados como extranjeros.

El ferri tenía una mini tienda en un costado, y a través de los cristales veíamos la comida y nos lamentábamos, pues estábamos muertos de hambre.

Llegamos a la otra orilla unos 30 minutos después aproximadamente, y ya se había hecho de noche. Seguimos nuestro camino en el carro. Más carretera, y luego otro ferri más, esta vez había camiones subidos allí, y como era de noche, aprovechamos para comprar unos jugos, aunque nunca salimos de la buseta. Vino una muchacha a vendernos a la puerta.

Al cruzar la carretera siguió mucho tiempo después, hasta que al fin, llegamos a una ciudad, y nos detuvimos en la entrada de un hotel. Nos bajamos y entramos hasta el patio.

La dueña del hotel se sentó con nosotros a conversar. Nos brindó cerveza, y su móvil para que nos comunicáramos vía internet con nuestros familiares. Era una mejicana corpulenta, que hablaba con la zeta y que parecía cubana, pese a todo.

Estuvimos en aquel lugar cerca de dos horas. Luego llegó una camioneta a recogernos. Nos sentamos en la parte de atrás, en la cama, donde el piso era irregular, y nos costaba mucho no quejarnos. Pasamos por un retén que detuvo al transporte, y el guía les pagó por nosotros. Luego seguimos camino, mientras sentíamos que una de las ruedas de atrás hacía un ruido extraño, pero andábamos a altas velocidades, para salir lo más rápido posible de la carretera. Así llegamos a la casa del chofer, en donde debíamos pasar lo que quedaba de noche. Dormiríamos en el piso, sobre una colcha, pero antes de eso, mandamos a buscar algo para comer. Esta vez se demoraron dos o tres horas. Y ya no dábamos más. Cuando llegaron con unos sándwiches y refrescos de cola, nos contaron que la rueda que venía haciendo ruido se soltó de la camioneta y pasaron tremendo susto, aunque no pasó nada grave. Por la gracia de Dios no sucedió cuando minutos antes, íbamos todos a altas velocidades encima de la cama.

Al otro día, salimos en la tarde, en la misma camioneta, pasamos por la ciudad de Tuxtla, donde había, en lo alto de una montaña, una cruz inmensa, al parecer, de mampostería.

Saliendo de la ciudad, nos detuvimos. El guía y el chofer fueron a hablar con un taxista, y nos mandaron en el taxi; delante, a Maikel, Nailyn y a mí. Nos dejó a unos doscientos metros aproximadamente después del lugar acordado. Luego, nos daríamos cuenta del por qué.

Cuando nos bajamos del taxi, cruzamos la calle y regresamos por la otra acera, entonces fue que percibimos la situación. Teníamos en frente a un carro de la policía migratoria lleno de ellos. Nailyn me dijo que le cogiera la mano, así seguimos los tres, tratando de pasar desapercibidos, entramos en una tienda, y cuando salimos, ya la policía se había ido. Nos esperaba la camioneta en frente, nos subimos y seguimos viaje.

Más adelante llegamos a un pueblo cercano, allí el carro cogió por una calle en sentido contrario y un policía de tránsito lo detuvo. Nos asustamos, pero al final, solo les quitó las chapas, y nos dejó seguir. Nos llevaron hasta un hotelito, y allí estuvimos hasta el otro día.

Estaba muy barbudo y aproveché esa noche para afeitarme, cuando Andro me vio, me dijo que no lo hiciera, que se me iba la suerte.

Al otro día, fueron temprano a pagar la multa y recuperar las placas que les habían quitado.

Desde que me levanté tuve un mal presentimiento, y no sentía la presencia de Dios que me había acompañado todo el tiempo desde que salí de Ecuador. Supongo que tuve mis dudas, que dejé de conversar con él. Más tarde, en la salida del hotel, nos esperaba un taxi, allí nos montamos Rosario, Nailyn, William, Andro y yo. Maikel y Lisbeth seguirían en la camioneta.

Todos, en el taxi, nos sentíamos tensos, y “la mala vibra” estaba en el aire.

Nosotros salimos primero, la camioneta detrás, y en un momento en la carretera, el taxista paró a esperar al otro carro.

Cuando llegaron, él se bajó y fue a hablar con el guía y el chofer. Y les pidió que le dieran por adelantado el pago del servicio, y ellos se lo dieron.

Desde el taxi, yo veía a Lisbeth y a Maikel, y tenía un deseo fuerte de salir de allí e irme a montar en el otro carro, junto con ellos; pero no lo hice. Ya el destino estaba trazado.

Luego de eso, el taxi se adelantó hasta perderlos. No nos volveríamos a ver más. Al menos, no en México.

Desconfiamos del taxista en todo momento, yo no le perdía ningún gesto, hasta que llegamos a un lugar en donde esperaba, al frente, un carro de la policía de migración. El taxista paró frente a un baño público, a unos veinte metros de la migra, en un lugar llamado “Mal Pasito”. Nos dijo que entraríamos al baño, que fuéramos de uno en uno. Yo pensé que cuando regresara del baño sería que saldría el otro. Pero no fue así. Estando en el baño, entraron William y Andro. Y cuando salí, Andro, que ya estaba montado nuevamente, se estaba bajando una vez más, luego vi al taxista salir disparado, doblando en U, y largarse, dejándonos solos, sin equipajes y a unos escasos metros de la policía de migración. Este judas nos había entregado.

Le había dicho a Andro, que lo esperaríamos allí, que iba a ver a la gente que habíamos dejado atrás. Nunca más lo volveríamos a ver, ni a él, ni a las mochilas.

Estuvimos allí unas dos horas, sin saber qué hacer, en la espera y con cuidado de que no nos vieran los policías. Todo ese tiempo yo le decía a Andro que nos fuéramos de allí, pero no se decidía. “-Vamos a cruzar esa alambrada y subimos la montaña. Por ahí nos escapamos.” Pero nada, hasta que al fin, se decidió, y se lo comunicamos a los demás, pero al parecer ya era demasiado tarde.

Salí primero, crucé una alambrada por debajo, casi arrastrándome, luego eché a correr loma arriba, y al descenso me esperaba otra alambrada, pero no la crucé. Aguardé allí por los demás. Llegó Andro, y le dije que fuera cruzando la alambrada, luego Rosario, y le dije lo mismo. La siguió Nailyn, y yo, desesperado, porque se demoraban mucho entre uno y otro. A Nailyn le dije lo mismo, pero no cruzaba. Luego William que no llegaba, y sentí unos pasos. Subí a asomarme,

y era uno de los policías que nos había visto y venía a buscarnos. Cuando vi a aquel guardia frente a mí, di media vuelta y le grité a Nailyn que corriera, que nos habían descubierto. Me puse a correr y atravesé la alamedada de púas como si nada en milésimas de segundos. Nailyn aún no lo había hecho y me molestó que estuviera en esa situación por no hacerme caso, al fin la cruzó, y corrimos como endemoniados, loma arriba. Yo les gritaba a todos que corrieran que nos estaban siguiendo. Nuestros pies se tropezaban en los desniveles entre la yerba y el lodo. La garganta seca y el corazón en la boca. Ya no podía dar un paso más, pero seguía, seguía como si de eso dependiera mi vida. Los policías nos perseguían detrás, y no se detenían pese a la distancia que habíamos adelantado y a sus barrigas. Todos estábamos exhaustos, y se puso peor cuando llegamos al borde de un barranco, y no había por donde continuar. Nailyn y Rosario estaban muertas de cansancio y no daban un paso más. Nos agachamos escondidos entre unos arbustos y la maleza, pero hasta allí nos siguieron los guardias. Nos pidieron amablemente que saliéramos. Que nos podían asaltar y que, además, había serpientes en ese lugar. Salimos y regresamos con ellos, pensando que cederían a un soborno. No sabíamos qué había pasado con William, pero no les iba a decir nada. Antes, nos pusimos de acuerdo para decir que éramos de El Salvador, pero cuando nos preguntaron que de dónde éramos, Nailyn, en su nerviosismo dijo que ella era de Honduras. Eso fue motivo de risas más tarde.

Cuando nos dirigíamos a la Van con rejas que nos esperaba, deseaba que William se hubiera podido escapar. Pero cuando abrieron la puerta de la furgoneta para que entráramos, Andro dijo: “-Eh, y William” Entonces se aseguraron que faltaba uno, y que ese que estaba metido en el baño era él. Varias veces tratamos de sobornar a los policías, pero no querían negociar. Nos dejaron encerrados allí y fueron a por William, hasta que lo trajeron con nosotros.

Nos llevaron unos 180 kilómetros para atrás, y en el camino miraba por la ventanilla a mi derecha, y pensaba que se me había acabado todo, estaba derrotado, ya no había ninguna solución para mí. Me regresarían a Cuba, sin un centavo, y lo peor de todo, no podría volver a salir. Y aunque tenía cédula ecuatoriana ya no me aceptarían en aquel país, pues había salido ilegal. Pasamos por lugares muy lindos, al lado de un lago, y vi dos cisnes negros, nunca había visto algo así, y pensé nuevamente en Dios “-¡Dios que no te siento! ¡Perdóname la distancia y la soberbia!” A partir de ahí no pasó una noche que no hablara con él antes de dormir, aunque sentía que era solo un monólogo sin respuesta.

### **La Prisión**

Nos llevaron a un centro penitenciario de migración llamado La Cupapé, en la ciudad Tuxtla Gutiérrez. Al llegar, nos indicaron que cruzáramos una reja, y comenzaron las preguntas y las contradicciones. Nuevamente nos preguntaron de dónde éramos, y nuevamente les dijimos que de El Salvador, pero nadie se lo creía. Nos preguntaron de uno en uno, Nailyn nuevamente dijo que ella era de El Salvador porque su papá era hondureño, nadie entendía la conexión, pero ahí estaba, más nerviosa que una ardilla. William, por su parte, tenía algo parecido. Cuando le preguntaban de qué país era, él respondía como un autómata: “-Yo soy de San Miguel”. Con aquellas respuestas, además de los “Sabvador” habaneros de Rosario y Andro, no podía creernos nadie. Nos preguntaron también los nombres, y los inventamos. Los guardias siguieron insistiendo en que nosotros éramos cubanos, y lo negábamos a toda costa. Llamaron a uno de los

cubanos que estaba preso y le preguntaron que si nosotros éramos cubanos, y el respondió que no, que parecíamos salvadoreños. Finalmente nos llenaron las hojas de ingreso con los nombres falsos que dimos y de nacionalidad nos pusieron El Salvador. Claro, ellos sabían que era mentira, pero no podían hacer otra cosa. Les pedimos una llamada, pero nos la negaron. Queríamos llamar a Diego para preguntarle si nos manteníamos siendo salvadoreños o decíamos la verdad. Nos mandaron a quitarnos el cinto y los cordones, y los pusieron en bolsas de plástico con los nombres que habíamos dado.

Eran las tres de la tarde, y estaban repartiendo el almuerzo, cuando nos invitaron a atravesar la segunda reja.

Así fue como llegué aquí, un miércoles de enero, con la terrible sensación de haberlo perdido todo, con el amargo sabor de la derrota total.

Andro y yo no cogimos la comida, no podíamos comer. Los demás sí lo hicieron. Nos sentamos todos juntos en una esquina del salón, y no fuimos a hablar con los demás cubanos que se encontraban allí. Supongo que aquello fue una reacción animal. Me sentía muy animal en aquel momento. Actuaba más por el instinto que por la lógica.

Este lugar estaba repleto de personas y de pestes. Había ciudadanos de todas las nacionalidades latinoamericanas. Honduras, Guatemala, El Salvador, Colombia, Costa Rica, Nicaragua, incluso de República Dominicana y hasta de la India y Nepal.

Era todo un circo juntado por la misma cultura: la cultura de la migración.

Mandamos a comprar una tarjeta de cien pesos mexicanos para poder llamar a Diego por teléfono, y que él nos dijera qué hacer. Luego, a esperar que fueran las seis de la tarde para poder usar el teléfono. Diego nos aconsejó que diéramos nuestros nombres verdaderos y que dijéramos que éramos cubanos. Habíamos oído que los cubanos que son capturados por la policía de migración mexicana, son deportados a Cuba. Por eso, dar nuestras verdaderas identidades no fue algo tan fácil de hacer.

Los otros cubanos que ya estaban adentro nos ayudaron a conseguir colchones y los hombres nos asentamos en la esquina frente al televisor, que queda al lado del dormitorio o celda de las mujeres, donde las pestes son menos fuertes. Nailyn y Rosario se ubicaron en su celda.

El lugar es una edificación de un solo nivel, con una sola entrada ubicada en el centro, primero se accede a la recepción a través de una reja. En la recepción es donde están los teléfonos públicos. Luego, al atravesar la segunda reja, se encuentra un comedor, de diez metros de largo por unos cuatro de ancho, con una mesa de mampostería en el centro, al igual que sus bancos. Al fondo, mesas que salen de la pared y sus bancos, de mampostería también. En el extremo izquierdo del comedor se encuentra la celda de las mujeres y al frente, en el otro extremo, la de los hombres. En la pared de la entrada, cerca de la celda de los hombres, se encuentra una pequeña celda que ha sido destinada para los cubanos. Al parecer han ocurrido contradicciones muy fuertes entre los cubanos y el resto de los latinoamericanos y se determinó que estuvieran separados. (Ver anexo).

Hay cinco cubanos en la prisión. Dos de ellos, los más antiguos aquí, son dos jóvenes holguineros que salieron en una balsa hasta Honduras, Fidel y Robert; los agarraron aquí y dieron nombres falsos. También hay un matrimonio de La Habana, Beto y Yeni, con un amigo de Sancti Spíritus, Osmany. Ellos tres fueron capturados dos días después de los balseros. Ellos sí dieron sus verdaderos nombres. En la celda de los cubanos había un dominicano, Francisco de la Rosa, un amigo. Era el más antiguo de la prisión. También había una chica muy inteligente con la que solo nos podíamos comunicar en un inglés mal hablado y con señas; la llamamos Pinky, y es de la India.

Osmany y Francisco lograron colar sus celulares dentro de la prisión y me dieron sus números; por ese medio me pude comunicar con mi esposa.

El desayuno es a las nueve de la mañana; el almuerzo, a las tres de la tarde y la cena, a las nueve de la noche. Entre comida y comida, ver televisión y dormir, o en mi caso, escribir este episodio con un lapicero prestado, en hojas que les pedía a los guardias, y en símbolos que solo yo entendía. La idea es tratar de entretenerse en algo para que pasen el tiempo y las oportunidades de pensar más allá de lo permitido.

El lugar está climatizado, y gracias a eso para haber aguantado tres días sin bañarme. Estábamos sin ropa, sin toallas, ni nada. Solo con lo que traíamos puesto. Al tercer día, cuando comencé a escribir, fue que pudimos comprar unas toallas por medio de uno de los guardias.

Pude entablar amistad con algunos latinoamericanos allí, una pareja de El Salvador, eran muy agradables y sanos. Cuando se fueron, el muchacho me mandó con el oficial de guardia, una enguatada, un pullover y un gorro pasamontaña. En la celda de las mujeres, dormían dos niños salvadoreños que viajaban solos. El varón tenía 11 años y la niña, 13. Ella cuenta la historia de que en un momento en que los estaba persiguiendo la policía de migración, se lanzaron a un río y se sumergieron para que no los vieran. Es muy difícil, las cosas que se ven en esta latitud, y ellos no son los únicos niños que pasan por aquí viajando solos. Son unos parvulitos todavía y ya han empezado su viacrucis. ¿Qué será de sus vidas? Rezo por ellos.

Una semana después se está yendo Pinky, la vamos a extrañar, le dieron un salvoconducto y tendrá la posibilidad de llegar, si tiene suerte, a los Estados Unidos a reunirse con su familia y su futuro esposo; y aunque no lo conoce, está muy conforme con la decisión que tomaron sus padres. Aun se estaba despidiendo cuando comenzamos a extrañarla. Es muy amargo el sabor que se siente al ver partir a los demás mientras tú sigues allí, sin esperanzas ni metas.

El jueves de esta misma semana se están yendo Fidel y Robert, y eso nos ha llenado de esperanzas. A los quince días de haber llegado, les dieron salvoconductos por veinte días a los dos. Michel y Lázaro, los nombres falsos que utilizaron, les sirvieron para poder salir victoriosos, y a nosotros para saber que Cuba no le estaba prestando atención a aquel asunto de los cubanos en México.

Estuve hablando con un nicaragüense que dice ser admirador de Tony Montana (Scarface) y me vendió un teléfono.

El domingo siguiente llegó Leonardo, un cubano de la Isla de Pinos que vino a entregarse. El lunes llegaron dos más. A estos si los cogieron, uno es de Camagüey, y Luis, de La Habana. El

martes trajeron Gabriel, también de La Habana. Aquí nos está enseñando a Andro y a mí, a jugar Póker.

Hoy me llamó el segundo oficial al mando de la unidad para que buscara a los demás que vinieron conmigo, y los llevara a su oficina para que buscáramos en unos sacos de ropas viejas, cosas que nos sirvieran para que usáramos allí en la cárcel. Yo cogí un saco carmelita, muy viejo, con el que parecía un personaje salido de Papá Goriot, sino él mismo. También cogí un pantalón de mezclilla al que le corté las patas y lo convertí en short, con las patas me hice un cinto, que me amarraba como un loco, pues el cinto que me quitaron los guardias antes de entrar a la cárcel, se lo robaron.

Con mi esposa me comunicaba todos los días, pero a mis padres los llamaba una vez por semana. Les dije que estaba en una casa, esperando el momento idóneo para continuar el viaje.

Los demás cubanos me pedían que hiciera alusión a ellos en aquellos garabatos que estaba haciendo. Hasta Francisco, el dominicano, me señaló con el dedo, y me dijo que él iba a ver si yo no le mandaba una copia de esto que tanto escribía.

Todas las noches hablo con Dios, y ahora estoy comenzando a sentir su presencia nuevamente.

Hoy es domingo, quince de febrero, llevo dieciocho días preso, de ellos, once días hábiles. Y me acaba de alcanzar mi propio texto.

Aquí todo es incierto, pueden avisar que me voy a los quince días, como a los cuarentaicinco, o a los sesenta. Pueden soltarme con un salvoconducto de veinte días, para que legalice mi situación migratoria en el país, o deportarme en un avión para Cuba. Aquí conocí a un cubano que, en Colombia, le dieron un salvoconducto por doce días. Y me dolió todo el dinero que gasté en ese país sin saber de aquella opción. Los militares saben de eso, y nos mienten para sacarnos dinero.

Hoy cumplo catorce días hábiles, y veintiún días consecutivos. La comida está cada vez peor. Los cubanos protestamos todos los días: “-la comida es muy poca y muy picante”. Ayer nos dieron un pan de comida, y dos de los cubanos pidieron hablar con el principal y les dijo que “supervisaría él mismo las tres comidas de hoy”, pero ya esta mañana nos dieron salchicha con picante otra vez, y el jefe jamás apareció.

En la mañana me llamó el oficial de guardia, con mucho misterio, para preguntarme si yo había hablado con los jurídicos dos días atrás para “solucionar” mi situación y la de los que andaban conmigo. Dos días atrás habían expulsado al segundo al mando de esta unidad. Y yo no había tenido la oportunidad de hablar con nadie, y menos sobre ese tema. Lo primero que pensé fue en una cacería de brujas, y le respondí al oficial que no había sido yo. El insistió que nadie más tenía el pelo largo, pero me mantuve en mi posición. Entonces me preguntó que si no me interesaba hablar del tema, y le respondí con la interrogante: “-¿Qué es lo que hay que hacer?” Mi segundo pensamiento fue que ya estaban nuestras órdenes de salida ahí, y ellos querían ganarse un dinero fácil con nosotros. El guardia me dijo que hablaría con Durbi, el jurídico, y que por la noche me diría.

Yo, por mi parte, llamé a Andro y le conté lo que había pasado, además le dije que el guardia me pidió que no lo comentara con nadie.

Estuvimos esperando un tiempo, luego el oficial me llamó nuevamente y me preguntó que cuanto teníamos para darle. “-Yo tengo 2000 pesos mexicanos y estoy seguro de que mis amigos

también tenían esa cifra, porque las habíamos mandado a pedir para cuando saliéramos de aquí.” – fue lo que le respondí, pero no le gustó la cantidad. Me dijo que era muy poco, y que tenía que hablarlo con Durby, el jurídico. Que más tarde lo llamara con el pretexto de salir a fumar para ver en qué quedábamos.

Más tarde yo hablé con Andro, y le pedí que hablara con los demás, todo en total secreto con el resto de los cubanos. Llamé al oficial y me dijo que recogiera el dinero y que lo mantuviera todo conmigo hasta que él me avisara.

Más tarde me llamó y me pidió que le diera el dinero y que fuera rápido a avisarles a los demás que recogiéramos nuestras pertenencias para que nos fuéramos. Yo entré a la reja y detrás entró él llamando a las mujeres que andaban conmigo, que salieran ya con todo.

Todo fue a la carrera, nos apuró bastante y nos terminamos de cambiar en las oficinas. Recuerdo que uno de los cubanos que se quedaba, me preguntó si me iba y le respondí: “-No sé, creo que sí...”

Allí nos dieron un salvoconducto por veinte días para que legalizáramos nuestra situación migratoria en México. Que ese documento no nos permitía salir del país, ni volar en avión.

### **México después y una luz en la oscuridad.**

Salimos los cinco a la calle. Era, alrededor de las nueve de la noche, y no sabíamos dónde estábamos ni qué hacer. No nos creíamos que ya éramos libres, Nailyn se puso a dar saltos agigantados de alegría y en su emoción dejó caer su celular en un charco de agua. Rosario, Andro, Nailyn y yo, nos pusimos a fumar. Ese ha sido, por mucho, el cigarro más rico de mi vida.

Una señora salió de allí, donde estuvimos, y le preguntamos qué podíamos hacer. Nos indicó ir hasta el centro de la ciudad donde había varios hoteles. Nos paró un taxi y nos montamos los cinco. Llegamos al centro de Tuxtla Gutiérrez y rentamos una habitación hasta el otro día. Allí llamamos a Osmany, y le contamos, sin muchos detalles, lo que nos pasó, para que estuvieran al tanto, y trataran de hacer lo mismo.

Salimos esa misma noche a comer algo y a dar una vuelta por los alrededores.

Al otro día mandamos a pedir dinero cada cual a su familia. El problema era buscar a una persona que nos lo retirara de la Western Union porque los cubanos no podemos hacer eso en México. Primero fuimos a una iglesia, a ver si el cura nos ayudaba con el asunto, pero nunca se desocupó para poder hablar con él. Entonces fuimos a hablar con el muchacho que vendía artículos de la iglesia y nos ayudó para retirar el dinero de Andro. Faltábamos los demás. Vimos a unas mujeres que se encontraban vendiendo artesanías y les pedimos el favor, a cambio le daríamos 100 pesos mexicanos. Gracias a Dios, ellas estuvieron de acuerdo.

Más tarde paramos un taxi y le pedimos que nos llevara al aeropuerto, queríamos probar suerte antes de embarcarnos en una larga y peligrosa carretera hasta el norte. Además pesaba sobre nuestras cabezas las represalias de la mano larga de Diego. Temíamos por nuestra integridad física. Ya había mandado a eliminar a tres cubanos y la orden se había cumplido.

En el aeropuerto, preguntamos por los vuelos hasta Laredo y Matamoros, y sí había vuelos para esos lugares, pero para el día siguiente. El problema ahora era que ni Andro ni yo teníamos

pasaporte. Fuimos a ver a la jefa de migración en el aeropuerto y les mostramos nuestros salvoconductos y le preguntamos si podíamos viajar con aquel documento sin pasaporte. “-No veo por qué no”- contestó, y vimos el cielo abierto.

Ya aclaradas todas las dudas, se presentó otra situación problemática. Nailyn quería irse para Matamoros, ella decía que desde el aeropuerto de Laredo a la frontera era muy lejos, y que en Matamoros estaba a diez minutos en taxi. Rosario decidió irse con ella porque habían salido juntas y todo lo estaban pagando juntas. William también optó por seguir con ellas. Solo Andro y yo no estuvimos de acuerdo. Primero, porque el pasaje salía mucho más caro, y no nos alcanzaba el dinero, y segundo, porque teníamos más referencias de Laredo que de Matamoros.

Ese fue el día que decidimos la separación del grupo.

Esa noche nos fuimos para una casa de hospedaje que nos resolvió un taxista, cerca del aeropuerto. Y al otro día partimos con destino a Laredo y haciendo escala en México DF. Ha sido uno de los aeropuertos más grandes que he visto, y sobrevolando la ciudad, pude contar, a parte del avión en el que iba, siete aviones más en el aire al mismo tiempo, y eso fue de mi lado de la ventanilla. Recuerdo que antes de llegar a México DF, sobrevolamos un volcán que nunca olvidaré. Era algo descomunadamente gigante. Las más grandes montañas parecían nada al lado de aquella bestia enorme. El avión pasó muy cerca de él y lamenté mucho no tener cámara fotográfica en aquel momento.

En el DF no tuvimos ningún contratiempo, fuimos a ver a una oficial de migración y le preguntamos sobre nuestros casos y nos dijo que no había de qué temer, que todo estaba bien.

Solo esperamos hasta el momento de arribar el avión y nos encontramos con que habían muchos más cubanos en la misma línea. Aquello nos chocó un poco, pues estábamos tratando de viajar con bajo perfil. Y estábamos en lo correcto; llegando a Laredo nos fueron separando uno a uno, a todos los cubanos. Nos llevaron, sin explicación, hasta el frente de las oficinas de migración del aeropuerto. Unos oficiales con unas caras de corruptos y criminales que nos mantuvieron detenidos y sin dejarnos sentar como unas dos o tres horas.

Luego nos comenzaron a llamar de uno en uno. Llamaron al primero y luego este salió a buscar a su amigo. Entraron los dos y todo comenzó a complicarse y la tensión a subir. Los oficiales estaban pidiendo dinero, doscientos dólares, como mínimo, por cada uno para dejarnos salir del aeropuerto. Todos estábamos desesperados porque pasaban las horas y estaba cayendo la noche. Tampoco sabíamos cuánto tiempo demoraba un taxi hasta la “raya amarilla” y los cuentos que sabíamos de aquel lugar, no eran nada agradables.

Cuando nos tocó el turno a Andro y a mí. Nos pidieron que nos sacáramos todo lo que teníamos en los bolsillos. Yo comencé a protestar, e inmediatamente cambié la tónica, y comencé a sacarme todo lo que tenía en los bolsillos. Por debajo del pantalón traía el short de mezclilla que me había hecho en la prisión, y en los bolsillos de aquel short era que traía el dinero.

Les llené la mesa de papeles sin importancia, un lapicero y no sé qué otra bobería más.

Me preguntaron si no tenía dinero, y en ese momento Andro le dijo que él era el que traía el dinero de los dos, y sacó seiscientos pesos mexicanos, les dijo que les podía dar doscientos pesos por cada uno y que nos dejaran los otros doscientos que quedaban para poder tomar el taxi.

Los oficiales dudaron, y luego comenzaron a decir que eran doscientos dólares, no pesos mexicanos. Luego nos dijeron que nosotros teníamos comunicación con otros amigos que venían detrás, que les aclaráramos que si no traían doscientos dólares no los iban a dejar pasar. Y luego de eso, se conformaron con los cuatrocientos pesos mexicanos que les dejamos.

Salimos de allí y fuimos a una cabina del aeropuerto y pedimos un taxi.

Salimos y el taxista nos dijo que solo nos podía llevar hasta la cabeza del puente, que si queríamos que nos cruzara la “raya”, teníamos que pagarle ochenta dólares cada uno. También nos dijo que en la cabeza del puente había un retén mexicano que nos iba a detener y no nos dejaría pasar.

Andro le dio, creo, que cuatrocientos o quinientos pesos mexicanos y el taxista nos dijo que nos pasaría el retén, pero que nos dejaría en el puente antes de la línea amarilla.

Efectivamente nos pasó por al lado del retén y nos dejó más adelante, entonces subimos a la acera y caminamos... Cuando pasamos por la línea amarilla no sentí nada, todavía estaba muy tenso y preocupado por todo lo que había pasado y lo que me esperaba aún, el encuentro con la policía de migración estadounidense.

## Estados Unidos

¿Qué tenía que decir? ¿Asilo Político, Refugio o Ley de Ajuste? Llegamos a las oficinas de migración, había una fila muy grande de personas, pero nos habían orientado que pasáramos a toda esa gente y fuéramos directo a hablar con el señor que estaba sentado frente a la computadora. Andro se adelantó y le dijo que él era cubano y pedía asilo político, también que andaba con un amigo y me señaló. Entonces el señor me llamó y me preguntó en un español enredado y casi sin querer hablar: “-¿Qué desea?” “-Asilo político-” contesté. Entonces nos dijo que lo siguiéramos y nos mandó hacer una cola dentro de una sala de estar para recoger una planilla que debíamos llenar. Yo miraba a los demás cubanos y me preguntaba “-¿Pero estos por qué no dan brincos de alegría? ¿Por qué no rien? ¡Si ya estamos en Estados Unidos! ¡Ya lo logramos!” En ese momento tuve ganas de llorar, de reír, de saltar, de gritar muy fuerte, de decirles a todos y que todos me felicitaran, de hacer de loco, de borracho, de cura. Y, al fin de todo, no reflejé ni un rictus. Era un simple mortal más logrando lo que miles ya habían logrado.

Eran cerca de las ocho de la noche. Allí estuvimos hasta esa misma hora del día después, sentado en una silla y con mucha hambre y frío, porque además, ponen el aire acondicionado, sin importar lo baja que esté la temperatura ambiente.

Tuvimos problemas porque no teníamos pasaporte, y por eso nos demoramos mucho más. Veíamos a los cubanos entrar después que nosotros e irse al poco rato. Ya estábamos desesperados.

Al fin, nos llamaron, y nos entrevistaron a cada uno por separado.

Yo salí primero y cuando llegué a la calle no supe que hacer ni para dónde ir, una vez más...

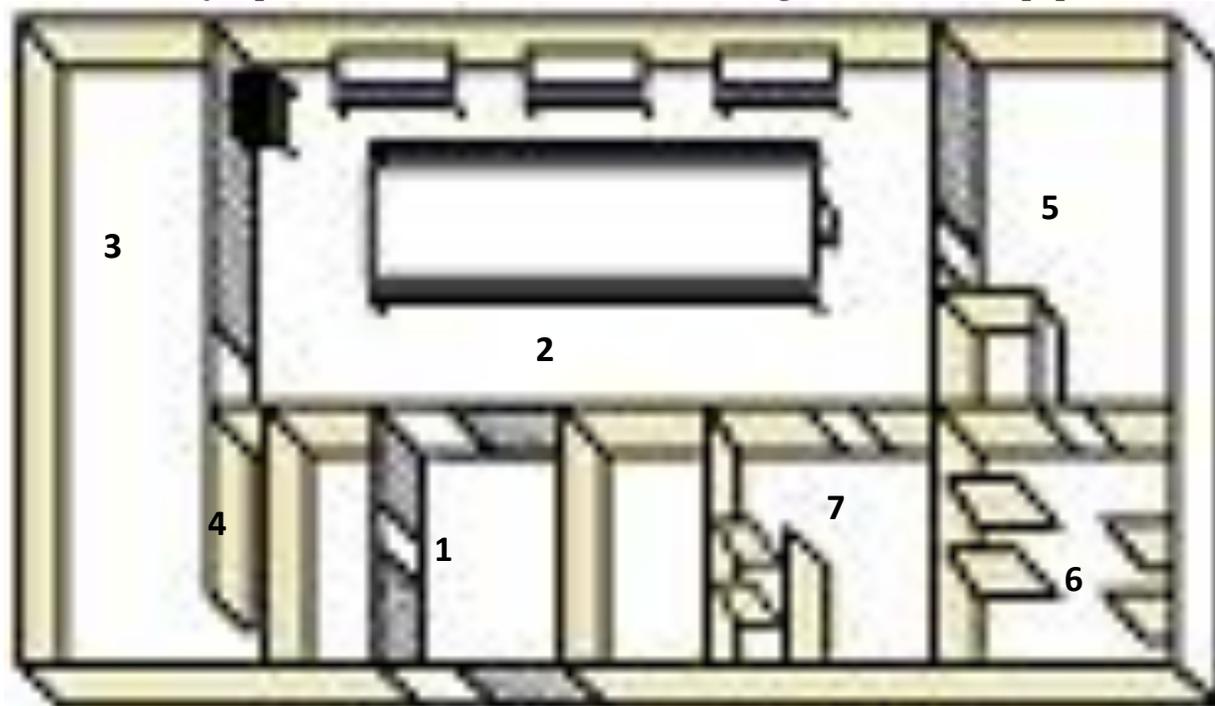
Pero luego vi a unas personas que parecían cubanos y me acerqué a preguntarles y todo comenzó a tomar color nuevamente.

Estaba en la casa de acogida de los cubanos. Allí una señora mexicana que se llama Yolanda, me atendió muy bien. Una señora muy coherente de un corazón muy noble. Entre los cubanos que estaban en aquel lugar me encontré a la pareja de mayores que conocí allá en Costa Rica, en la casa de Carla. Ya el señor se había recuperado de su costilla rota y tenía un nuevo semblante, se veía mucho más sano y fuerte. También había una señora que hablaba mucho de toda esa “travesura” que tuvo que pasar para llegar hasta aquí. La mujer, muy conversadora, de Holguín, o Las Tunas, no recuerdo bien. Siempre comenzaba sus comentarios con la frase “-Cuando yo me decidí a hacer esta travesura...”

En fin, ya mi travesía para llegar a la “tierra prometida” había terminado, después pasaron muchas cosas más que contar, pero eso es asunto de otra travesía, o travesura, ya no sé bien...

## Anexo

Dibujo aproximado del edificio de retención migratoria de La Cupapé.



1.- Recepción / 2.- Comedor / 3.- Celda de las Mujeres / 4.- Baños / 5.- Celda de los Hombres /  
6.- Baños / 7.- Celda de los cubanos

En todos los países de América Latina por los que pasé pude ver que existe una cultura de la migración, comprendidas en las formas de pensar, de economizar, en canciones que narran las peripecias de los emigrantes, literatura, anécdotas, tradición, asaltos, violaciones, historias horribles para no dormir. Policías corruptos que han aprendido a vivir con el dinero que van dejando los cubanos. Mucho material para un buen trabajo antropológico.